

— Como consecuencia se abrió un auténtico desequilibrio entre el mundo industrializado y los países que se quedaron atrás en la modernización de sus economías y sociedades —para el caso de Europa, el área del Mediterráneo y el Oriente—.

Este marco histórico que encuadra someramente las fechas del conflicto hispano-norteamericano en el ámbito mundial, nos demuestra que el desarrollo del capitalismo industrializado fue la causa más destacada de las diferencias económicas y hasta políticas entre las naciones del planeta, siendo por ende, el proceso que más claramente nos ayuda a entender los reajustes coloniales del último tercio del siglo XIX.

De esta forma, 1898 es una fecha envuelta en el proceso de reestructuración mundial del reparto de las colonias, que nos conduce a la «antesala» del desarrollo político internacional hasta la Gran Guerra.

Fashoda, el «mapa rossa», la conflagración entre España y los Estados Unidos y años más tarde la derrota de Rusia ante el Japón, son muestra de que no sólo existía un conflicto internacional por la posesión de nuevos territorios descubiertos, sino que la expansión se dirigía también sobre territorios ocupados históricamente por potencias más débiles o, si queremos, menos industrializadas.

Por estas razones, la intervención de los Estados Unidos en el conflicto de Cuba y la ocupación por esta potencia, en una corta y desigual guerra con España, de los dispersos enclaves coloniales pertenecientes a la vieja metrópoli (Filipinas, Guam, Puerto Rico), no se puede considerar como un factor aislado en el reajuste colonial, sino más bien como una consecuencia de las circunstancias que envolvían el desarrollo estratégico de las grandes potencias.

Inglaterra, único país que podía oponerse a las ambiciones norteamericanas de crear un área de influencia en los mercados de Asia y América del Sur, a través del control del Caribe, el istmo de Panamá, las Hawai y las Filipinas, se encontraba en una aislada y comprometida situación internacional. El incidente de Fashoda y el contencioso sobre Egipto con Francia la distanciaban diplomáticamente de esta nación, a la par que las relaciones con Rusia se habían deteriorado ante el acercamiento del imperio de los Zares al mercado chino, a través de la base naval de Port Arthur. Por otro lado, Alemania tenía también pretensiones sobre este mercado chino, hecho que se corroboró por su interés de adquirir las colonias españolas en el Pacífico como plataformas enfocadas hacia una posible expansión comercial.

Gran Bretaña, aun cuando no era partidaria de ampliar sus territorios coloniales, tampoco podía consentir que se viera amenazada su preponderancia económica y estratégica en Asia, con lo cual prefirió apoyar a una tercera potencia como los Estados Unidos en sus deseos expansionistas (con el fin de neutralizar las influencias de otros países en el área), que verse aislada en un posible conflicto internacional.

Como podemos observar, la suerte de las antiguas colonias que aún le quedaban a una pequeña potencia como España, «estaba echada» de antemano.

En una época donde las teorías darwinistas en la política eran defendidas por personajes como Lord Salisbury, en aras de una selección natural donde la nación mejor adaptada a las circunstancias habría de dominar el contexto internacional (como bien lo reflejan las críticas de *El Imparcial* al discurso pronunciado en estos términos por el pre-

mier británico el 4 de mayo de 1898), no es de extrañar que las naciones menos favorecidas económicamente hubieran de sufrir las consecuencias de tal justificación de poder, que parecía sustituir el antiguo status diplomático por «la ley del más fuerte».

Durante 1898 se resuelve el conflicto hispano-norteamericano con la descomposición del imperio colonial español, Francia se retira ante la presión británica en Fashoda, el caso Dreyfus alcanza sus consecuencias más duras y por último, fallece el excanciller de Alemania Otto von Bismarck. Dentro de un mundo en constante dinamismo, las antiguas directrices del poder tocan a su fin, mientras que otras nuevas preparan el campo al desarrollo político-económico de las potencias del futuro, hoy ya presente.

## II. La situación de los Estados Unidos ante el conflicto

A lo largo de todo el siglo XIX, los Estados Unidos, por una razón u otra, habían manifestado constantemente un gran interés por el control o la dominación no sólo del área caribeña, sino fundamentalmente de Cuba. Las vinculaciones mercantiles y estratégicas con la Gran Antilla, habían llevado a esta nación a apoyar expediciones autónomas con el objetivo de invadir la isla, a proponer al gobierno de Madrid la compra de este territorio, e incluso a ayudar a los partidarios de la independencia en sus intentos de emancipación. No obstante, bien por la oposición de Inglaterra y Francia, bien por la propia problemática interna de los Estados Unidos o de Cuba, las acciones norteamericanas, ni habían surtido el efecto esperado, ni habían proporcionado a este país la posibilidad de intervenir directamente en la isla, hecho este último que a finales de la pasada centuria parecía más probable al desaparecer, como hemos visto antes, la articulación del antiguo estatus internacional.

Por otra parte, en 1898 los Estados Unidos eran ya una nación poderosa, cuyo desarrollo económico se había originado con la autoexpansión de los propios circuitos mercantiles de transacción e inversión y con la llegada de las diferentes oleadas de emigrantes, que supusieron un gran incremento de la población —y con ello del consumo—, así como un mercado de mano de obra muy flexible.

Sin embargo, este proceso de autoexpansión y reinversión generado en su economía que había evitado la descapitalización del país y que generaba a su vez las vías de acumulación de la industria americana, se habría de encontrar en poco tiempo, por propia ley de crecimiento, con sucesivos estrangulamientos coyunturales, que a finales del siglo XIX comenzaron a entorpecer su desarrollo económico, al iniciar un paulatino desequilibrio entre la oferta y la demanda. Había llegado la hora de buscar nuevas salidas y mercados al capital americano y a sus productos.

Con todo ello, para que los Estados Unidos pudieran poseer una sólida área de influencia que permitiera el desarrollo de su mercado en el exterior, era necesario asegurarse del monopolio comercial latinoamericano y el acercamiento a los mercados asiáticos.<sup>3</sup> Evidentemente las bases estratégicas de tal proyecto pasaban por el control del

<sup>3</sup> Según el estudio de P.S. Forner, *La guerra hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano, 1895-1902*, Madrid, Edit. Akal, 1972.

Caribe, el istmo de Panamá, las Hawai, Samoa y las Filipinas, a través de la creación o incremento de la flota mercante y de guerra. La mayoría de los objetivos norteamericanos coincidían, pues, con los últimos enclaves coloniales del imperio español.

Esta idea de expansión estratégica como base de una posterior expansión económica fue recogida favorablemente en los círculos políticos americanos y apoyada definitivamente por el presidente McKinley.

Por ello, al iniciarse las hostilidades dentro de la isla de Cuba entre independentistas y metrópoli, los Estados Unidos se plantearon intervenir en el conflicto antes de que la independencia cubana se consumase, buscando el control de la Gran Antilla y del Caribe.

Pero mientras que el gobierno americano había tomado ya una postura clara, los círculos mercantiles e industriales se mostraban retraídos ante los gastos que una contienda bélica significaba. Un hecho fundamental habría de barrer cualquier tipo de oposición a la intervención armada; éste sería la explosión del acorazado Maine en aguas cubanas, que aglutinó a la opinión pública en una auténtica ola de fiebre probélica.<sup>4</sup> Los siguientes cuatro meses hasta la declaración definitiva de guerra serán analizados a continuación, pues suponen la etapa prebélica más relevante del conflicto.

La conflagración fue corta pero definitiva. Los Estados Unidos tras la firma en diciembre de 1898 del tratado de paz en París habían conseguido sus objetivos. El reajuste colonial ofrecía ahora para la potencia del Norte una abierta vía de penetración hacia nuevos mercados, además de asegurarle las bases de una futura expansión. Los Estados Unidos habían entrado en el proceso imperialista en competencia con las naciones europeas.

### III. La situación de España y Cuba en el conflicto

En 1898, la situación de España no podía ser más aislada diplomáticamente, ni más desconectada de la realidad internacional. Caracterizada además por un capitalismo dependiente y poco industrializado, se encontraba pues muy lejos de igualarse al resto de las grandes potencias europeas, más desarrolladas en sus esquemas económicos y sociales.

Ante la desaparición del estatus internacional anterior a 1870 con la derrota de Francia en Sedán, España no supo adaptarse a las nuevas condiciones diplomáticas y estratégicas, manteniendo la idea de aislamiento y de no ingerencia en los intereses de los países más poderosos, creyendo que el equilibrio a su favor entre Francia y Gran Bretaña todavía existía. Los gobernantes del país abandonaron cualquier política de alianzas en un momento en que éstas eran imprescindibles para una nación poco modernizada y con un imperio colonial muy disperso.

El sistema de la Restauración nacido de la política canovista tras 1874, aseguraba el poder a las minorías privilegiadas, en un bipartidismo de dominio oligárquico. Este

<sup>4</sup> Como afirma P. Renouvin en su libro *Historia de las relaciones internacionales, siglos XIX y XX*, Madrid, Akal Edit., 1982.